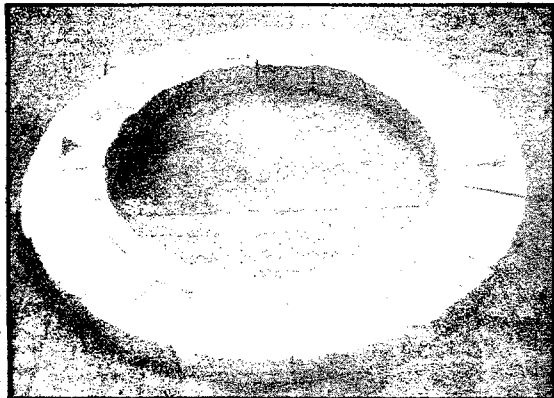


La escultura como objeto

Galería Rafael Ortiz
Mármoles, 12

Hasta el 30 de diciembre
De 11 a 13,30 y de 18 a 21

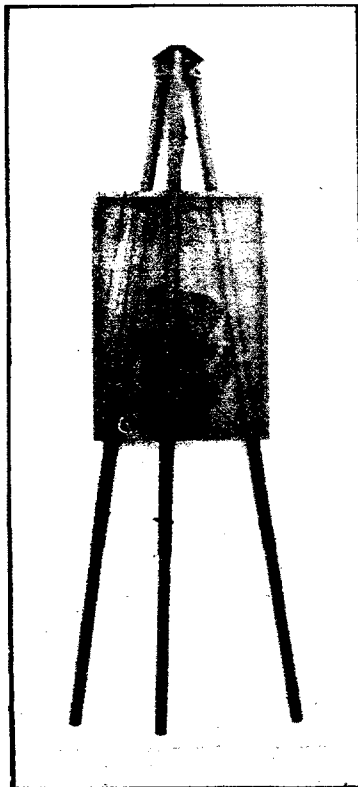


«Corona»,
escayola y
ceniza, de
Antonio Sosa.

Nadie, medianamente informado, se oculta que, dentro del panorama artístico, la escultura ha sido la gran protagonista de estos años ochenta, a punto ya de finalizar. Desde el cubismo, ya se sabe, la pintura busca incesantemente nuevas formas de expresión que, enriqueciendo su lenguaje, ensanche los límites a que siempre estuvo sujeta. No ocurre lo mismo con la escultura. Hasta que se produce la nueva corriente que supuso el minimal, ésta, aunque asumiendo importantes transformaciones, continuaba siendo lo que siempre había sido. A partir de entonces, los elementos que la componen ya no son únicamente los materiales tradicionales, sino, con la incorporación de cualquier otro,

el espacio. El que ocupa y que con su presencia modifica. Nace, así, un concepto inédito de lo escultórico que, por otra parte, enlaza con Marcel Duchamp y sus «ready made».

Al comentar esta exposición, titulada «La escultura como objeto», no cabe hablar por lo tanto de la novedad. Sí, de la madurez y plenitud de un estilo cuya libertad espacial y propuestas estéticas despiertan el interés de los artistas que, partiendo de anteriores experiencias, cimentan con sus creaciones ese renacimiento de que ahora goza la escultura. Son, en este caso, nueve artistas jóvenes cuyas obras ofrecen, además, el interés que supone la confrontación de sus respectivos lenguajes plásticos: Antoni Abad (Lérida, 1956), sitúa sobre un cubo seis pentágonos formados, como aquél, por perfiles ranurados; Ricar Cotanda (L'Eliana, Valencia, 1963), establece un diálogo —«Entre paréntesis»— en el que participan la lona, el latón y el cuero; Gabriel (Badalona, 1954), hace brillar la luz eléctrica en un artefacto construido con latón, aluminio y nilón; Angeles Marco (Valencia, 1947) cuelga de la pared un trípode acompañado de otros elementos; Pedro Mora (Sevilla, 1961), presenta, sobre seis piezas de hierro, otras tantas fotografías aéreas; Ramón Parramón (Vich, 1963), pequeños planos, plegables, junto a los que sitúa una también reducida butaquita; Pedro G. Romero (Aracena, 1964), compone con libros una forma irregular, teñida de yodo; Diego Santos (Churrriana, 1953), utiliza el acero y el cristal, también el óleo y el carboncillo, en tres piezas de sugerente diseño, y, por último, Antonio Sosa (Coria del Río, 1952), forma una corona con esos sus a modo de recipiente de escayola y ceniza. En suma, una exposición en que se exhibe algo más que objetos.



«Trípode de pared (con cinturón)», de Angeles Marco.

Cortijo

Galería Fausto Velázquez
San Isidoro, 4 y 6

Hasta el 30 de diciembre
De 11 a 14 y de 18 a 21

NO conocemos el «Libro de la risa carnal», que se anuncia como «muy pícaro y peregrino» y del que es autor Antonio Rodríguez Almodóvar, «escritor y otras cosillas, que dice haberlo inspirado en cierta tradición de cuentos populares amatorios (vulgo cachondos), que jamás conocieron la estampa». Así se indicaba en la invitación cursada por Arquetipo Ediciones y Fausto Velázquez para su presentación y también la de la exposición de «la no menos atrevida serie de grabados», realizada por Francisco Cortijo, inspirándose a su vez en las narraciones que contiene el mismo. Nueve grabados que, utilizados como ilustración de cada uno de sus cuentos, componen además la carpeta en la que, con un ejemplar del libro, éstos se ofrecen firmados y numerados por el gran artista sevillano.

No conocemos el texto, decimos, pero sí la lección magistral que del arte del grabado brinda Cortijo en sus obras. Del agua fuerte decía Baudelaier que es «género tan sutil como soberbio, tan ingenuo como profundo, tan grato como severo, y que, pudiendo reunir paradójicamente las calidades más diversas, ex-



Grabado de Cortijo

presa admirablemente el carácter personal del artista». No resistimos la tentación de reproducir estas palabras, pues ellas definen, mejor que cualquier otras, lo sugestivo de estos grabados que a su espléndida técnica, a sus briosos contraluces y contrasombras, unen, efectivamente, la expresión del personalísimo carácter de su autor. Una ironía, la súa de siempre, esa con la que busca las cosquillas a cualquier situación, ahora sutilmente adaptada al pícaro erotismo de una creación literaria.

LORENTE

Madrid

G. González Green

Estudio Peironcely

¿PUEDE pintarse con solo el sentimiento? Claro que no, pero sí con el sentimiento como protagonista. María Blanchard, Carmen Cullén, Marie Luarencín, Asunción Molina, Carmen Laffon, Nieves Figuera, tantas más —pero no tantas—, y entre ellas está Guillermina González Green, que ahora reencontramos, y casi descubrimos, después del largo paréntesis de su dedicación a la docencia. Sevillana, por supuesto, y adscrita a la «escuela» de Santa Isabel de Hungría, de la que ha salido esa corriente del realismo poético tan decisiva en la pintura española. Como me gusta fantasear alrededor de un determinismo onomástico, pienso si no influirá en el encanto dulce de estas pintoras sevillanas la dulzura encantadora de aquella princesa de Turingia que patrocina la escuela del Betis.

Hay aquí una crónica de Sevilla, y no principalmente en la identificable noticia de unos lugares,



«Ventana»

res, sino en la manera de sentirlos que tiene Guillermina González Green, capaz, como es, de conceder a las cosas una cualidad íntima sobreranera sugestiva, encantadora, pues las saca de su ser indiferente y, pintándolas, las encanta.

A. M. CAMPOY